

Un proyecto compartido: anunciar el evangelio a los jóvenes y llevarles al encuentro con el Señor Jesús. *Camino de Emaús (Lc 14,13-15), el modelo bíblico*

“Después de la llamada del año pasado, en el que invité a la Familia Salesiana a vivir y a actuar como “movimiento”, de manera que fuera más visible, más significativa y más eficaz en su servicio de salvación de los jóvenes, en 2010 quisiera veros animados por el mismo espíritu y empeñados en un **proyecto compartido**: anunciar el Evangelio a los jóvenes y llevarles así al encuentro personal con el Señor Jesús”. Es un programa - continúa diciendo el Rector Mayor - que “nos ha ofrecido el mismo Santo Padre”, cuando “en ocasión del XXVI Capítulo General [me] describía: La evangelización debe ser la frontera principal y prioritaria de vuestra misión hoy [...]. En las situaciones multirreligiosas y en las secularizadas es necesario encontrar caminos inéditos para dar a conocer la figura de Jesús, especialmente a los jóvenes, para que perciban su perenne fascinación”

“El Aguinaldo de 2010 aprovecha la ocasión del año paulino recién concluido y del Sínodo de la Palabra de Dios [...] Durante el Sínodo, en el cual he tenido la gracia de participar, tuve una intervención sobre el relato lucano de los discípulos de Emaús, visto como modelo de la evangelización de los jóvenes, tanto por los contenidos como por los métodos; puede resultar útil volver a tomarlo en nuestras manos y meditarlo”. Quisiera releer con todos Vds. “salesianamente” el pasaje de Emaús, siguiendo de cerca la intervención del Rector Mayor. Podrá sin duda inyectar luz e inteligencia a nuestros proyectos educativos y hacer arder el corazón apostólico de todos cuantos, “como don Bosco, estamos llamados, todos y en todas las ocasiones, a ser educadores de la fe” (C. 34).

1. Camino de Emaús: reflexión bíblica

Entre los relatos pascuales el de Emaús pertenece a una serie de narraciones de encuentros con el Resucitado que tienen como función primera la de proponer una precisa vía de acceso a la experiencia pascual.

Los relatos de apariciones nacieron, con toda probabilidad, para dar forma narrativa a las primeras afirmaciones de la resurrección de Jesús. Al convertir en crónica historiada, el contenido de la fe más primitiva ésta se hacía asequible, ya que presentaba como verosímil un hecho, el de la resurrección, que era, en su origen, una confesión de fe. De hecho, no es posible hacerse una idea exacta de cuanto ocurrió *el primer día de la semana*, atendiéndose los relatos que cada evangelista nos ha transmitido.

Sería equivocado deducir de esta variada discordancia narrativa falta de valor histórico de estos relatos. Quienes los crearon, habían tenido una experiencia y fue para relatarla por lo que la narraron; en esos relatos se puede oír aún hoy el testimonio de unos hombres que creyeron ver vivo a su maestro, a quien poco antes habían visto morir.

Aunque partían de un recuerdo personal homogéneo, las historias que se crearon dieron a luz dos tipos de relatos diversos de apariciones: unos narraban el encuentro del Resucitado con un grupo restringido de discípulos, en Galilea (Mt 28,16-20; Jn 21,1-23) o en Jerusalén (Lc 24,33-53; Jn 20,19-26; Mc 16,14-20); otros describían el encuentro de creyentes individuales con el Resucitado: las dos Marías (Mt 28,1.9-10), María Magdalena (Mc 16,8-11; Jn 20,11-18) o los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35).

Los primeros tienen como interlocutores del Resucitado al grupo apostólico y son, en realidad, *crónicas de la fundación de la comunidad cristiana*. El Resucitado *se deja ver* de quien El elige; su aparición tiene como objetivo la concesión de una tarea nueva y común. En estos relatos predomina, pues, el interés por narrar la misión confiada a los testigos

legítimos de la resurrección y el nacimiento de la comunidad como consecuencia de una misión compartida. Los otros relatos, que describen algunos encuentros de algunos discípulos con un Jesús irreconocible, tratan de escenificar la *llegada a la fe en la resurrección*; nos ofrecen, ejemplarizado, un posible camino para rehacer la experiencia pascual y saber vivo a Jesús. La intención que subyace a este tipo de narraciones es la de mostrar cómo es vencible la sorpresa y el miedo, la incredulidad y la cerrazón, ante la evidencia de la nueva vida de Jesús.

El segundo tipo de narración puede parecer más cercano a nuestra problemática actual, pues insinúa las pistas para lograr experimentar vivo a Cristo Jesús. Es el primero, con todo, el que mejor expresa lo que significó el encuentro con el Resucitado, el que, por tanto, mejor narra la naturaleza misma de aquella original experiencia.

Cuanto podemos saber sobre lo sucedido el día de la Resurrección nos hace suponer que no todos los discípulos de Jesús llegaron a la convicción de que estaba vivo de la misma forma. Sólo a unos pocos se les apareció en persona. Los demás tuvieron que apoyar su fe en el testimonio de los testigos de su resurrección (cf. 1 Cor 15,3-8). El relato de los dos discípulos camino de Emaús refleja, precisamente, uno de esos itinerarios que tuvieron que recorrer aquellos discípulos que no se encontraron personalmente con su Señor resucitado. Como nosotros.

1.1 El relato

Exclusivamente lucano, el episodio de Emaús depende, es probable, de la fe tradicional tanto como de urgencias de la predicación cristiana. Lucas lo trabajó con tan consumada maestría que ha podido ser considerado una de las narraciones más logradas de la literatura (E. Renan).

Aunque logrado, el relato no queda del todo bien inserto en el contexto inmediato. Al iniciarse, da la impresión de que los dos discípulos (Lc 24,13) pertenecían al grupo de los apóstoles (Lc 24,10), extremo éste que desmentirá su final (Lc 24,33): son dos de los que acompañaban a los Doce (cf. Lc 24,9.33). Además, tras la afirmación neta de la resurrección de Jesús (Lc 24,34), no se entiende bien cómo haya aún quienes siguen llenos de dudas (Lc 24,37.38.41).

Considerado en sí mismo, el episodio tiene una estructura formal fácil de distinguir:

- La presentación de **los personajes** abre la narración, separándola claramente de lo anterior. Los hechos están datados el día de Pascua, pero se colocan ya no en Jerusalén sino camino de Emaús (Lc 24,13-14).
- Durante el viaje **conversan sobre lo sucedido en Jerusalén** (Lc 24,15-29). Nada más hacer aparición un desconocido, el coloquio domina el relato (Lc 24,17-27.29b). Con ello, el narrador cede la palabra a sus personajes, haciendo de su relato una conversación mantenida. Identifica su mensaje con el diálogo de los caminantes. Su intención es clara: no basta con saber todo sobre lo sucedido en Jerusalén, si no se sabe verlo a la luz del plan de Dios. Hay un saber sobre Jesús - y es muy completo - que no es suficiente.
- Llegados a Emaús, y ya en casa, **durante la cena** (Lc 24,30-32), los discípulos reconocen a quien les parte el pan, que desaparece inmediatamente. Un gesto 'sin comentarios' les recuerda a su Señor y el pan repartido abre los ojos que no abrió su presencia ni las Escrituras explicadas. La cena presidida por quien comparte su vida es el lugar, y el motivo, del reencuentro.
- Se cierra el relato narrando **el regreso a Jerusalén**, de noche y con prisas, de dos nuevos testigos (Lc 24,33-35). El encuentro con el Señor Resucitado termina, inexorablemente, reencontrándose con la comunidad de testigos.

De camino a Emaús

Tras el descubrimiento de la tumba vacía por parte de las mujeres y el primer anuncio no creído de la resurrección de Jesús (Lc 24,1-11), Lucas narra - caso único en la tradición evangélica - el episodio de Emaús.

Para entenderlo bien, hay que caer en la cuenta de la situación narrativa, que le sirve de punto de partida: Jesús ya está vivo, pero los suyos no se lo pueden creer; empeñados en encontrarlo entre los muertos y persistiendo en encontrar su cuerpo donde fue sepultado, se sorprenden al encontrar abierta y vacía su tumba. Es apenas el día primero de la semana, el primer día de su nueva vida. Y si alguien, las mujeres, se atreve ya a anunciarlo se desacredita a sí mismo ante sus compañeros; nadie se toma en serio el testimonio de unas mujeres con vocación de sepultureras (Lc 24,1.6.9.11).

Bien mirado, es la incredulidad lo que aleja de Jerusalén a esos dos discípulos. El camino hacia Emaús se lo pasan conversando; lo que había ocurrido en Jerusalén es tema del diálogo y la causa de su tristeza (Lc 24,28): cuanto ha sucedido allí les ha obligado a alejarse; la ciudad santa se les ha vuelto inhóspita. Caminar juntos dialogando acorta un tanto el camino y aligera la pena, pero va agrandando el desencanto que nace de su falta de fe. Cuanto más hablan tanto más se alejan, efectiva y afectivamente, de Jerusalén y de 'cuanto allí había ocurrido', que no es sólo la muerte violenta de Jesús sino también su resurrección ya proclamada (cf. Lc 24,19-23).

Hablando entre sí sobre las cosas que sabían, toman distancias de la comunidad cristiana y de Cristo vivo: testigos de todo lo sucedido no podían aún ser testigos del Resucitado; seguidores que saben todo sobre Jesús, no se saben aún sus apóstoles. Su saber es innegable, pero no les lleva a la fe: los sume en el desengaño.

Mientras conversaban

Jesús, desconocido, comparte camino con ellos, porque quiere entrar en su conversación. El relato resalta el hecho de que fue en medio de la discusión que se les aproximó el Señor "en persona". Se les hizo compañero de viaje haciéndoseles su interlocutor; se ocupó de cuanto les estaba preocupando, rogándoles compartieran con él sus penas (Lc 24,15). No le reconocieron, porque no podían: sus ojos estaban incapacitados (Lc 24,16). Que el relato no desvele la causa de esa incapacidad hace más inverosímil el hecho, creando cierta perplejidad en el lector: ¿cómo es posible que quienes tanto sabrán contar sobre Jesús (cf. Lc 24,18-24) no logran saberse junto a él? Ojos que lo vieron vivo, corazones que le saben muerto, no bastan para creerlo resucitado. Tendrán que ver algo más, de nuevo (cf. Lc 24,31).

La pregunta de Jesús convierte la narración en conversación: el detalle no es indiferente. El camino deja de ser vía de lasas y polvo para hacerse intercambio de hechos y opiniones entre los caminantes. El desconocido parece no tener ni idea del tema de conversación, pero se da cuenta de que la tristeza embarga a sus contertulios. Parece ignorar el motivo, pero sabe que no son felices (Lc 24,17). Tal ignorancia resulta inexplicable a Cleofás (Lc 24,18), que toma la palabra para informar a su desconocido compañero de viaje: Jesús de Nazaret es el tema de la plática y el motivo de su tristeza. Razones no faltan: lo habían creído auténtico hombre de Dios (Lc 24,19) y lo vieron cruelmente ajusticiado (Lc 24,20). El entusiasmo que sus palabras y obras habían suscitado hizo menos aceptable, más penoso, tan inesperado desenlace. Después de tres días de inútil espera, la muerte constatada había sepultado toda esperanza (Lc 24,21).

La tristeza era efecto y prueba de su actual desencanto: saben ahora que ese Jesús, a quien habían seguido por Galilea, no mereció tanta pena. Es verdad, reconocen, que ya están por ahí unas mujeres diciendo haber encontrado su tumba vacía y visto unos ángeles que les habrían asegurado que él vive (Lc 24,22-23). Es cierto también, que, poco después, algunos hermanos pudieron comprobar, por sí mismos, cuanto habían dicho las mujeres. Pero nadie aún se le ha visto vivo. Y nadie puede creer que viva (Lc 24,24).

Todo cuanto sabe - ¡y es tanto! - ese triste discípulo de Jesús de Nazaret no le convierte en testigo del Señor Resucitado. Por no ver lo sucedido a la luz del querer divino, protesta el desconocido, no entienden con el corazón lo que saben decir con la boca (Lc 24,25). Hacerles ver que lo sucedido no es pura casualidad ni, mucho menos, una evitable tragedia sino *necesidad divina*, es la tarea que se impone el desconocido (Lc 24,26). Continuando el viaje hacia Emaús, les hace recorrer un nuevo camino - esta vez, interior - a través de 'todas' las Escrituras: en ellas estaba ya predicho el destino de Jesús, su vía de pasión y su camino de gloria (Lc 24,27).

La comprensión de lo ocurrido a Jesús en Jerusalén, tomando como guía y clave la Palabra de Dios conduce a la meta del camino y hace innecesaria la compañía del desconocido: llegados a Emaús, con una nueva inteligencia de lo protagonizado y, como más tarde reconocerán, con un corazón nuevo (cf. Lc 24,32), su aún desconocido acompañante finge tener que ir más allá. Emaús no era su destino (Lc 24,28).

En el partir el pan

Habría sido una afrenta innecesaria que Jesús hubiera rechazado la hospitalidad que se le ofrecía tan sinceramente. Los dos de Emaús saben, además, apoyar su invitación en una razón que convence: el día ha declinado (Lc 24,29). Jesús, aún desconocido, interrumpe su camino por no dejar de estar con sus discípulos: todavía no puede dejarles solos, pues aún no lo saben vivo; saben ya leer lo sucedido a Jesús en Jerusalén como cumplimiento de un plan personal de Dios, pero no logran verse implicados en ese plan ni identifican en el acompañante a su Señor.

El caminante se hace huésped (Lc 24,30a); el compañero de camino, comensal (Lc 24,30b). La convivencia, iniciada como interés real, mantenida con el diálogo, continuada en la explicación y profundizada en la escucha, desemboca en intimidad (¿no es obvia la metodología del acompañante espiritual?). Y en la mesa, el invitado se transforma en señor, el huésped en hospedero, el último en primero: el pan bendecido y repartido es 'el gesto' que les faltaba por ver, lo que *les hará ver*. La iniciativa del desconocido, que repite la conocida praxis de Jesús, cuando comía con sus discípulos, les abre los ojos y el corazón: nadie sino su Señor podría repartirles el pan bendito (Lc 24,31).

La eucaristía es lugar privilegiado del reconocimiento del Resucitado: para saberle vivo ya y ahora vecino, no hacen falta mejor saber que el de compartir su mesa y recibir su pan. Los discípulos, que en su camino se encontraron con un desconocedor de todo lo ocurrido e invitaron a su casa al desconocido, se toparon con su Señor inopinadamente, compartiendo el alimento que tenían y recibiendo de él pan bendito. En el camino de Emaús les habían sobrado conocimientos sobre Jesús de Nazaret, y les faltó el descubrimiento de la presencia divina en lo ocurrido en Jerusalén; pero no fue suficiente para advertir la compañía de su Señor. Si no le hubieran dado la oportunidad de serles anfitrión en su propia casa, el Resucitado hubiera permanecido en el anonimato: ¡sin eucaristía compartida, por más vivo que ya estuviera Jesús, no habría resucitado *para ellos* como Señor y Cristo!

Saber que vive hace innecesaria su presencia. La experiencia del Resucitado no es un reencuentro para disfrutar, una visión en la de deleitarse, sino una convicción que proclamar, un testimonio siempre por dar. Reconocido, Cristo Jesús se vuelve invisible (Lc 24,31): saberlo vivo es más decisivo que tenerlo a la mano; presentir su presencia hace inútil sufrir por su ausencia. Y quien, como los dos en el camino de Emaús, estuvo una vez con él, aunque sea sin llegar a reconocerle, sentirá la alegría que experimentó en su compañía y la comprensión del plan de Dios que junto a Él logró alcanzar (Lc 24,32). Quien, una vez tan siquiera, se haya encontrado con el Resucitado, y por más apenado y desorientado que se estuviera sintiendo, no podrá dejar de recordar siempre su buena ventura: caminar con Jesús llena de calor el corazón de sus compañeros y sus mentes, de inteligencia de los caminos de Dios

De regreso a Jerusalén

Ya sin Jesús pero sabiéndole vivo, no logran quedarse en casa, por más que avanzara la noche. Al narrador, que se ha demorado en contar el viaje hacia Emaús, no le interesan los pormenores del regreso a Jerusalén. Le importa señalar que no pudieron callarse cuanto sabían, ni quedarse en casa esa noche cuando ya lo habían encontrado.

También en ellos algo ha resucitado: rehacen el camino hacia la ciudad que había sido la tumba de su fe y vuelven a la comunidad de testigos (Lc 24,33). Los Once y los que con ellos permanecen han de saber lo que les ocurrió durante el camino y en su hogar (Lc 24,35). Pero quien vuelve a la comunidad no vuelve tanto para testimoniar su vivencia personal sino, en primer lugar, para recibir el testimonio apostólico: antes de que puedan abrir boca, nada más abrírseles la puerta, se les anuncia la fe común: “*Realmente resucitó el Señor y se apareció a Simón*” (Lc 24,34).

2. Camino de Emaús: relectura salesiana

Creado para posibilitar el encuentro con Cristo Jesús, el relato de Emaús indica, en forma de narración, la **meta** a la que ha de llegar el cristiano y ofrece una precisa **metodología** para lograrlo. El episodio, crónica de un suceso pasado, es sobre todo paradigma de un logrado camino de fe, del que describe las etapas y sus contenidos. De ahí su innegable valor.

Cuanto hoy deseen pasar del desánimo al testimonio cristiano, los que buscan motivos para retornar a la vida común con entusiasmo recuperado y algo nuevo que decir, quienes saben todo sobre Jesús sin jamás saberlo junto a ellos, los que siguen dándole por muerto porque no logran sentirlo vivo, todos los que lamentan su ausencia sin reconocerlo donde se repite su gesto 'eucarístico', pueden encontrar en la narración lucana *un itinerario preciso de evangelización*: rehacer el camino de Emaús puede llevar a dejarnos evangelizar por Cristo Jesús y convertirnos en sus testigos.

2.1 La vida de comunidad, como meta y criterio

La tradición evangélica no ofrece relato alguno de la resurrección en el que la visión de Jesús vivo sea la escena central o su lógico final. El hecho es relevante. Contra lo que podría esperarse, Jesús Resucitado no se dejó ver de sus discípulos para quedarse a convivir con ellos: quien llega a la convicción de que vive su Señor ha de llegarse a los hermanos para anunciarles su resurrección (Mc 16,6-7; Mt 28,9-10.16-20; Lc 24,36-52; Jn 20,19-23).

No fue la continuación de una convivencia con el maestro, interrumpida por su muerte en cruz, lo que surgió tras su nueva vida. Nació, más bien, un nuevo modo de convivir entre cuantos compartieron la misma experiencia: la ausencia de Jesús Resucitado, que se dejó ver durante un tiempo (cf. Hch 1,3: ¡sólo durante cuarenta días!), se palia con la aparición de la comunidad de sus testigos. Ver a Jesús y saberle vivo supone el nacimiento de la comunidad cristiana, auténtica resurrección de la comunidad de discípulos del Nazareno: Jesús Resucitado debe volver al Padre y, mientras tanto, quien lo ha encontrado ha de encontrarse con los hermanos (cf. Jn 20,17).

Que la vida en común sea el resultado de la experiencia pascual queda bien dramatizado en el relato de Emaús. Comienza el episodio narrando el alejamiento de Jerusalén y de la comunidad apostólica de dos de los discípulos de Jesús; y todo el relato es la narración de su progresivo distanciamiento: los discípulos se alejan de la ciudad y de sus condiscípulos, tristes y desalentados por cuanto ha sucedido allí; aunque ya han oído hablar de que Jesús vive, no pueden creérselo. Cuando al final de su viaje, lo vean repetir su gesto más característico, recuperarán el entusiasmo... y la comunidad: volverán inmediatamente a compartir su fe con quienes creen lo mismo que ellos. El Resucitado no necesitará quedarse entre ellos, pero ellos no podrán quedarse solos en casa: si Cristo vive, no se puede continuar viviendo extramuros de la comunidad cristiana.

Saber que la comunidad cristiana, vivencia en común de la fe común, es el término del camino de Emaús, la meta del encuentro con Cristo, lleva a revalorizar la vida de comunidad y cuestiona nuestra habitual forma de vivirla: si cayéramos en la cuenta de que nuestras comunidades, por ser una realización de la comunidad cristiana, han nacido de la resurrección de Jesús, ¿no estaríamos más atentos para fomentar todo lo que nos una, no seríamos menos remisos en evitar cuanto nos disgregue? ¿Cómo pretender testimoniar a Cristo Resucitado desde una vida común descuidada, languidecida, menospreciada?: ¿sería como dejar a moribundos la tarea de anunciar que una nueva vida es posible y ya se ha dado! Y esa puede ser la impresión que estemos dando a nuestros jóvenes, si no nos ven gozando de la nuestra vida común. Cuidarse de nuestras comunidades significaría, ni más ni menos, testimoniar fehacientemente a los jóvenes que Cristo vive: ¿o es que tenemos un motivo mejor para vivir en común la misión salesiana?

No deberíamos olvidar que los discípulos que, no pudiendo soportar Jerusalén y la vida común, marcharon a sus casas, se dirigían a Emaús *el mismo día* en que Jesús estrenaba vida nueva: se alejaban de la vida común..., y del evangelio ya proclamado. Lejos de la comunidad el anuncio del evangelio es siempre rumor increíble, comidilla de mujeres asustadas (Lc 24,22-23). Si no hubiera sido porque el Resucitado hizo comunidad con ellos, en el camino y en el hogar, si Cristo no hubiera representado en Emaús a sus testigos de Jerusalén, no habrían llegado los dos discípulos a saber de su resurrección, ni habrían vuelto con entusiasmo a la predicación. No importa que quien vuelve a la vida común la haya abandonado alguna vez; decisivo es que vuelva a ella cuanto antes, nada más haberse topado con su Señor. Pues sólo quien vuelve a su comunidad sabrá haber estado junto al Señor y se sentirá encantado por ello (Lc 24,35.32).

Si “el testimonio es el único el testimonio es el único lenguaje capaz de convencer a los jóvenes de que 'Dios existe y (que) su amor puede llenar una vida' (Cons 62)”, la evangelización tiene que cuidar, como opción estratégica, “la unidad de la comunidad, signo evangélico que Jesús pide a sus discípulos”. “La vida de comunión con Dios y con los hermanos es el fin del anuncio evangélico. Por eso es importante para la evangelización el testimonio de una vida de comunión, porque es una experiencia que anticipa, como semilla, la realidad que es el objeto de la esperanza”.

Hay que **temer**, pues, **por una evangelización**, cualquiera que sean sus métodos y sin dudar de sus mejores intenciones, que no parta de una vida común llevada con gozo por los evangelizadores, o que no proponga a los evangelizados la vida en común como meta del encuentro con Cristo. Debería darnos que pensar el que Jesús Resucitado permaneciera con sus discípulos hasta que hizo desaparecer el desaliento y la dureza en sus corazones; una vez descubierto, desapareció de su presencia. De la ausencia del Resucitado se recuperaron los discípulos recuperando la vida común y el testimonio. No hay aquí una mera casualidad, sino una precisa ley de la existencia cristiana: quien sabe que Jesús vive, vive en común su experiencia: “el encuentro con Jesucristo en la fe tiene su lugar de privilegio en la Iglesia”. Pues bien, aun reconociendo que “la pertenencia de los jóvenes a la Iglesia no alcanza madurez inmediatamente”, sin vivir en ella “faltaría la referencia imprescindible para vivir como creyentes”: “el objetivo final de este recorrido es ayudar a los jóvenes a vivir como Iglesia, madurando así en el sentido de pertenencia a la comunidad cristiana”

2.2 Caminar juntos, como método

Probablemente la razón por la que el episodio de Emaús resulta tan simpático e iluminador radica en su contemporaneidad con nuestra situación espiritual: nos sentimos bien retratados en esos dos discípulos desilusionados, que marchan a su casa antes de que se ponga el sol; y, sobre todo, en su peripecia personal bien podemos reconstruir las etapas del itinerario de fe que estamos precisando. El discípulo que se pone en camino hacia Emaús volverá a la comunidad y al testimonio apostólico, siempre que recorra las etapas del camino y se someta a la pedagogía del Resucitado.

Andar desencantados de Jesús, punto de partida

Más que Jerusalén y lo sucedido en ella es la frustración personal el punto de partida de este viaje hacia Emaús: la tristeza de los discípulos nacía de la desesperanza que les procuró el fin de su personal aventura con Jesús de Nazaret (cf. Lc 24,17-21). Con él habían convivido y junto a él habían alimentado las mejores esperanzas: iba a traer el Reino de Dios y a liberar a su pueblo; ajusticiado en una cruz, su muerte acababa de sepultar toda esperanza. Era harto comprensible que se sintieran fracasados: su anterior entusiasmo por Jesús, 'profeta poderoso en obras y palabras', alimentaba ahora la conciencia de su fracaso. Desencantados de su vida junto a Jesús, volvían a la normalidad de la vida.

Que sea, precisamente, el desencanto de Jesús lo que puso en movimiento a dos de sus discípulos, que el cansancio acumulado tras años de convivencia y la tristeza les impulsara a dejar la vida común, puede servirnos de consuelo, pero es, sobre todo, seria advertencia. Pocas cosas compartimos los apóstoles de hoy con esos dos discípulos tanto como la frustración y el desencanto en el seguimiento de Jesús: también nosotros ciframos un día nuestras mejores esperanzas en él, para tener después que constatar nuestro desengaño. No nos ha merecido tanta pena *este* Jesús: un muerto no se merece nuestra vida. Como los discípulos de Emaús andamos ahondando nuestra desilusión y volviendo a hogares que abandonamos un día por seguirle.

Si vivimos sin fascinación el seguimiento de Jesús, si el ha dejado de encantarnos, podemos lanzarnos a recorrer el camino de Emaús. ¡Es nuestra oportunidad! Y si seguimos pensando en acompañar a otros en ese camino, ¡razón de más para estrenarlo antes nosotros!: los jóvenes que 'pasan' de Cristo esperan de nosotros la experiencia del caminante y la certeza de quien ya llegó a la meta. Para ello nos necesitan junto a ellos, cercanos a sus problemas y acercándonos a su desaliento: con ellos compartimos no sólo el camino y el cansancio, sino también los temas de la conversación y el disgusto por lo que nos ha sucedido. ¿Qué otro modo tenemos para representarles a nuestro Señor vivo y preocupado en sus cosas y en su vida? ¿O es que no fue ese el modo como se nos presentó a nosotros antes? "Ir y acercarse a los jóvenes donde se hallan, acogerlos desinteresadamente y con solicitud en nuestros ambientes y ponernos en atenta escucha de sus demandas y aspiraciones, son para nosotros opciones fundamentales que preceden a cualquier otro paso de educación en la fe".

Saber sobre Jesús, como viático

En el camino, sólo el desconocido no sabía nada sobre lo sucedido en Jerusalén; en cambio, los discípulos de Emaús tenían buenas razones para estar tristes y volver a casa (cf. Lc 24,17-24). Pero todo su saber sobre Jesús no les hizo saberse junto a él: sus muchos conocimientos le impidieron reconocerle; la imagen que de él se hacían, el recuerdo que de su vida y obra mantenían, no les ayudó a identificarlo; por verle a la medida de sus esperanzas e imaginárselo según sus preferencias (cf. Lc 24,21), no lo descubrieron como era en realidad: su saber sobre el Jesús muerto les imposibilitaba saberlo vivo. El desconocido tuvo que empeñarse a fondo para hacerles ver lo sucedido a la luz de Dios, según las Escrituras: contemplando a Dios en la historia de Jesús descubrieron que la iniciativa divina explicaba todo lo sucedido. Nada hubo de azar o fortuna donde triunfó el querer de Dios: la muerte de su maestro era parte de un proyecto divino de salvación.

Seguimos hoy, como los discípulos de Emaús, abundando en saberes sobre Cristo y sin sabernos por él acompañados; parece como si nuestros conocimientos 'teológicos' estuvieran sepultando nuestra esperanza cristiana; ¿de qué nos sirve una ciencia mayor que no nos convenza mejor de que Cristo merece nuestra vida y nuestras penas, porque vive hoy tras haber penado en nuestro lugar? Pocas veces hemos estudiado más, y con mejores medios, los contenidos de la evangelización y pocos son los que, entre nosotros, predicamos entusiasmados el evangelio. Nos falta, seguramente, como a los discípulos de Emaús, contemplar a Jesús con los ojos de Dios, verlo según el proyecto que de su Hijo se hizo el Padre. Por seguir imaginándonosle como más nos conviene, nos excluimos del plan divino que en Cristo Jesús nos alcanzaría de lleno.

Para ello, deberíamos renunciar a hacernos ilusiones con Jesús. Si los discípulos de Emaús hubieran aceptado el camino de Jesús, mientras con él iban hacia Jerusalén; si no hubieran continuado alimentando esperanzas falsas, no les habría defraudado su muerte en cruz y habrían esperado su resurrección (Lc 9,44-46; 18,31-34); no aguantaron lo que había sucedido porque no lo supieron leer a la luz de Dios, *según su Palabra*. Las ilusiones que nos hacemos y las expectativas que alimentamos, aunque sea en el seguimiento de Jesús, no tienen porvenir; sólo si lo que acaece - sea lo que sea - es según Dios, puede fundar nuestra esperanza.

Para que nuestros saberes sobre Cristo sean evangelio de Dios, para que nuestra vida de seguimiento sea experiencia gozosa de su presencia, para que todo lo que nos acontezca sea encuentro con Dios, tenemos que devolver a la Palabra la función de guía de nuestras vidas. Mientras no veamos todo lo que sucede dentro de un proyecto de Dios, mientras no oigamos su voz en las palabras que a diario escuchamos, ni presintamos su mano en las manos que nos alcanzan, nuestros saberes cristianos nos impedirán sabernos de Cristo. Este es el único saber que no podemos callar: silenciárselo a nuestros jóvenes les confirmaría la sensación de abandono y soledad en la que viven; si no les convencemos que todo lo que sucede es parte de un gran proyecto divino, que es fruto y signo de un enorme querer, ¿cómo van a sentirse amados de Dios y por qué tendrían que vernos a nosotros como los signos y portadores de ese amor?

Para lograrlo tendremos que acompañarlos en su búsqueda del sentido de sus vidas y de Dios; habrá que, siguiendo el método de Jesús en el camino de Emaús, devolverles la Escritura y abrirles el corazón a su entendimiento. Y aquí aparece un quehacer tan inexplorado entre nosotros como urgente para nuestros jóvenes; y es que “sin conocimiento de las Escrituras no hay conocimiento de Cristo”.

Acoger a Jesús en casa, momento decisivo

Llegados a Emaús, los discípulos no llegaron a descubrir la identidad de su acompañante: Emaús no iba a ser para él, eso parece, la meta del viaje emprendido. Invitado a quedarse, aun desconocido, Jesús repite un gesto típico suyo sin mayor comentario: huésped no tarda en convertirse en anfitrión. La praxis eucarística resulta ser santo y seña de su presencia real; repartiendo el pan, Jesús se da a conocer, impone su realidad y elimina toda incertidumbre en sus discípulos.

Es en verdad significativo que los discípulos reconocieran a su Señor no por cuanto habían conversado en el camino sino por lo que hizo delante de ellos cuando se sentó a su mesa. A lo más que había llegado la explicación de las Escrituras fue a llenarles el corazón de gozo mientras caminaban junto al desconocido (cf. Lc 24,32). Lo que no logró su conversación, ni el comentario de la Escritura, lo consiguió su actuación: los ojos para ver al Resucitado se nos abren hasta que, ante nosotros, se repita el gesto que identifica al Señor Jesús (cf. Lc 24,30-31). En la mesa eucarística es posible saber vivo y próximo al Resucitado y soportar su ausencia sin darlo por perdido ni darse por perdidos.

Allí donde se nos parta el pan y donde lo comportamos bendiciendo a Dios, allí descubriremos a Jesús Viviente y recordaremos que nuestro corazón ardía mientras estábamos junto a él. De allí volveremos a la comunidad, para hacernos testigos sorprendidos y predicadores entusiastas de su resurrección. Y durante el camino de regreso a los hermanos, recobramos las prisas y la ilusión, recordaremos el encuentro con Cristo mientras vamos al reencuentro con los cristianos.

El relato de cuanto sucedió a dos discípulos camino de Emaús es *un trozo de nuestra biografía* espiritual: hoy no tenemos otro acceso al Señor Jesús que el que nos ofrece la comunidad que se reúne en su nombre para partir el pan y repartírnoslo. Únicamente su *memoria* eucarística puede hacernos clara la Escritura, ardiente el corazón y abrirnos, de par en par, los ojos para descubrirle.

Habría que pensar si nuestras huidas de la vida en común, la pérdida de ilusión en el apostolado, la acumulación de saberes sobre Cristo que no nos hacen sabernos de él, nuestra incapacidad para intuir en lo que nos acontece un magnífico plan de Dios y vernos en él implicados, nuestras muchas conversaciones sobre Jesús que no consiguen que arda el corazón, no provienen, en el fondo, de que seguimos dando por muerto al que ya ha resucitado. Como aquellos discípulos camino de Emaús. Si así fuera, nos queda la esperanza de que Jesús quiera ser huésped nuestro y comensal: repartamos el pan bendecido entre nosotros, repitamos a diario el gesto que saca a Cristo del incógnito, quedaremos tan prendados de él, tan encantados con él, que no necesitaremos verle ni tocarle para saberle entre nosotros: “no se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la sagrada Eucaristía”. Habrá, pues, que “poner el encuentro con Cristo en la Palabra y en la Eucaristía en el centro de nuestras comunidades”, nos pedía el CG 26.

¿Qué decir, por tanto, de una educación en la fe que olvidara o retrasara indebidamente el encuentro *sacramental* (¿hay otro encuentro de eficacia asegurada?) de Cristo con los jóvenes? ¿Hacia dónde va una pastoral juvenil que no se proponga como meta posible y como medio imprescindible “la relación personal con Cristo, que reconcilia y perdona, que se entrega y crea comunión, que llama y envía y estimula a ser artífices de una sociedad nueva”? ¿Quiénes somos nosotros para privar a los jóvenes de esa “celebración gozosa de la vida”, ese “momento significativo de crecimiento religioso”, ese “segundo pilar del edificio educativo” en el sistema salesiano, que es la celebración eucarística, “fuente y cima de toda la evangelización”? ¿Es casual que el CG 26 pida a la comunidad salesiana que proponga a los jóvenes, “con frecuencia y sensibilidad educativa”, “una vida sacramental convencida y regular”?

El estancamiento que la participación frecuente en la eucaristía conoce en nuestros ambientes no es sólo consecuencia de una pérdida de memoria histórica, memoria de nuestros orígenes salesianos y fruto de escasa imaginación pastoral, sino - y ello sería aún más grave - prueba de una debilitada identidad cristiana: la eucaristía es la “fuente y cima de toda la vida cristiana”. Que nadie esté suficientemente preparado para celebrar el encuentro con Cristo no es óbice para que Cristo quiera encontrarse con nosotros: o es que los de Emaús estaban preparados para descubrir a su Señor en el desconocido acompañante? Más aún, si los discípulos de Emaús hubieran conservado la fe y su primera ilusión, ¿se les habría hecho Cristo el contradictizo?

Recuperar la comunidad y el testimonio, como garantía

Quien ha convivido con el Resucitado no puede vivir sin sus testigos. La comunidad eucarística se prolonga, lógicamente, en la comunidad apostólica. Los de Emaús no pudieron quedarse adonde habían ido, su hogar verdadero estaba allí donde quedaron los hermanos. El Señor, apenas reconocido, les cambió el corazón y los quehaceres: volvieron a Jerusalén y al testimonio. Jesús hubiera permanecido para ellos muerto, si no hubieran ellos recuperado la vida común y la predicación del evangelio.

Si el encuentro con Cristo vivo nos devuelve a la vida en común, si nuestras dudas se vencen convenciendo a los demás de la realidad de la resurrección, habrá que fortalecer nuestro sentimiento de pertenencia a la comunidad cristiana y tendremos que resistir nuestras desilusiones confortando a los hermanos: sin conciencia de ser miembros de una comunidad, a cuyo servicio hemos sido llamados, no puede darse experiencia de que Cristo vive. Seguiríamos empeñados, como el primer día, en buscar al Vivo entre los muertos (cf. Lc 24,5).

3. Conclusión

El 11 de octubre de 2008 el Rector Mayor intervenía en el XII Asamblea general ordinaria del Sínodo, “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia” (Roma, 5-26 octubre 2008). Haciendo suya la necesidad de facilitar a los creyentes el acceso a la Escritura,

“requisito hoy indispensable para la misión”, don Chávez quiso ofrecer una breve reflexión sobre **“cómo aproximar la Palabra de Dios al mundo juvenil”**, apoyándose en el relato de Emaús, “modelo ejemplar de encuentro del creyente con la misma Palabra encarnada (cf. Lc 24,13-15)”.

Don Chávez respondía ‘salesianamente’ a la cuestión de “cómo ir de la vida al texto y del texto a la vida”, es decir, de “cómo leer la Biblia con la vida y la vida con la Biblia”. Cerraba su intervención ofreciendo cuatro pistas que, por su interés, cito y comento brevemente.

- “En el camino de Emaús **Jesús encontró los dos discípulos** mientras conversaban entre sí **y se quedó conversando con ellos**. Acceder a la Palabra de Dios es el camino para encontrarse con Cristo Jesús; no puede nunca reducirse a la lectura y a la comprensión de un texto bíblico. Una lectura de la Palabra que no comporte el encuentro con el Verbo de vida es ineficaz.

El CG 23, reflexionando sobre la evangelización de los jóvenes, pedía “ir y acercarse a los jóvenes donde se hallan, acogerlos desinteresadamente y con solicitud en nuestros ambientes y ponernos en atenta escucha de sus demandas y aspiraciones, son para nosotros opciones fundamentales que preceden a cualquier otro paso de educación en la fe”. ¿Podemos decir que estas son las opciones previas de anteceden y guían nuestra acción evangelizadora hoy? ¿“Nos acercamos a los jóvenes como amigos y los acompañamos como padres y maestros, irradiando alegría y esperanza”

- En el camino de Emaús **Jesús se presentó a los discípulos acompañándolos** durante todo el recorrido. Para abrir su inteligencia y los corazones, Jesús se hizo compañero de camino, aunque el camino fuera de lejanía creciente de la comunidad, y se interesó por sus problemas, aunque éstos fueran contrarios al plan de Dios. El evangelizador, como Jesús, ha de compartir camino y vida con sus evangelizados. “Volver a Don Bosco significa ‘estar en el patio’, es decir, estar con los jóvenes, para descubrir en ellos la presencia de Dios e invitarlos a abrirse a su misterio de amor. Don Bosco vuelve entre los jóvenes de hoy a través del testimonio y la acción de una comunidad que vive su espíritu, animada por la misma pasión apostólica. Él recomienda a todo salesiano encontrar a los jóvenes con alegría en su vida cotidiana, comprometiéndose a escuchar sus llamadas, a conocer su mundo, a animar su protagonismo, a despertar su sentido de Dios y a proponerles itinerarios de santidad según la espiritualidad salesiana”. ¿Estamos convencidos de que para evangelizar hay que hacerse compañero, compartiendo vida y camino, con los jóvenes? ¿Cómo organizar nuestra vida, personal y comunitaria, para convertirnos a la convivencia?
- En el camino de Emaús **Jesús se hizo compañero de sus discípulos** escuchando sus preocupaciones e iluminó lo sucedido explicándolo a la luz de las Escrituras, que hablaban sobre él. Descubrir el plan de Dios en la propia vida es el objetivo de una lectura creyente de la Escritura; Dios revela su plan cuando se encuentra el sentido de cuanto (nos) ocurre en cuanto ha ocurrido a Cristo Jesús. El salesiano “debe alimentar su jornada escuchando y meditando la Palabra de Dios, ayudando también a los jóvenes y a los fieles seglares a valorarla en su vida cotidiana y esforzándose luego para traducir en testimonio cuanto la Palabra indica” (Benedicto XVI). ¿No será una mayor familiaridad con la Palabra, que nace de la escucha diaria y la continua obediencia, lo que nos capacitará para leer y hacer entender a nuestros jóvenes sus vidas a la luz del proyecto de Dios? ¿Tenemos, como salesianos, una mejor razón para dedicarnos a la escucha, personal y comunitaria, de la Palabra de Dios?
- **Reconocer a Cristo** fue solo posible en el **encuentro eucarístico**. Una lectura de la Palabra que no sea preámbulo o etapa previa a la celebración eucarística no recuperará la fe perdida, ni hará retornar a la comunidad abandonada”.

“La fuente de toda la obra de evangelización está en el encuentro personal con Cristo. Tal experiencia es para nosotros un evento cotidiano”. ¿Qué “iniciativas oportunas” podríamos introducir “en el proyecto de vida comunitaria” para “favorecer la centralidad de la Palabra de Dios y de la Eucaristía”? ¿Nos atrevemos a proponer a nuestros jóvenes “con frecuencia y sensibilidad educativa” la celebración de la Eucaristía “como fuente y cumbre de la vida cristiana”?

Esos son, pues, los criterios claves para discernir si nuestras aventuras personales en el seguimiento de Jesús, lo mismo que el trabajo de educación en la fe de los jóvenes que llevamos a cabo, pueden considerarse un nuevo “camino de Emaús”. Ah, y no olvidemos que tener que partir del desencanto que nos ha producido la convivencia con Jesús y su seguimiento no es un óbice, es más bien el requisito para iniciar ese camino. Así fue en Emaús. ¿A qué esperamos?

Juan José Bartolomé
18 diciembre 2009